

en los protagonistas una segunda naturaleza de tal importancia, que ellos sin sus sueños enloquecen o mueren.

Forma parte este libro de la colección de cuentos que edita la Universidad Nacional Autónoma de México, en que colaboran destacados autores contemporáneos.

DOLORES CASTRO.

LUIS REYES GARCÍA. *Pasión y muerte del Cristo Sol*. Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Veracruzana. Xalapa, 1961.

Con miras a filmar un documental con motivo del Carnaval en algún pueblo de la Huasteca, el Instituto de Antropología de la Universidad Veracruzana envió a Luis Reyes García para que realizara un estudio previo en la comunidad de Ichcatepec. Los resultados de esta exploración fueron decepcionantes para el móvil inicial: la comunidad elegida atraviesa por una crisis cultural y la festividad del Carnaval —como tantos otros aspectos de la vida ichcatepecana— refleja esta crisis. Así, el esplendor folklórico carnavalesco ha menguado y no correspondió ya a lo deseado para la filmación.

Pero esta circunstancia —la crisis— atrajo el interés del investigador. Luis Reyes García supo ver en los conflictos que ocurren en Ichcatepec algo más que una curiosidad folklórica. El resultado ha sido uno de los estudios más interesantes y novedosos de la literatura antropológica mexicana, aunque también, dicho sea de paso, más incompletamente estudiados.

La anterior aseveración la hacemos sin que en ella vaya incluida la intención de enjuiciar negativamente la labor del autor del estudio —que es, por otra parte, uno de los más jóvenes y prometedores etnólogos—. Quien en alguna forma haya enfrentado sus esfuerzos al estudio de un problema antropológico, sabrá justipreciar el resultado que logró Luis Reyes García en el cortísimo espacio de unos 70 días, dedicados además a observar principalmente el decurso de un ceremonial que, aunque refleja la crisis antedicha, no es el único ni mejor espejo para observarla.

En nuestro país se pueden contar con los dedos de una mano —y sobran dedos— los estudios que han contado con el apoyo económico suficiente que permitiera calar más hondo en los problemas y la vida de una comunidad. Desgraciadamente no tenemos la potencialidad económica necesaria para costear los estudios de campo que esperan los problemas mexicanos. Es así que nuestros estudiosos, ahogados por deficiencias presupuestarias, tienen que conformarse con realizar apenas las

*calas* que algún día servirán de punto de partida para sacar de sus pañales a la antropología mexicana.

Esta circunstancia —percibida con desconsuelo— se siente en el estudio de Reyes García. Pero también da motivo para esperar mucho del autor de este libro. No conformó sus esfuerzos en estudiar el tema concreto que le fue encargado: intentó además verlo en el amplio marco del contexto social en que ocurre, ahondó en sus complicadas raíces y logró un resultado pleno de afirmaciones y sugerencias.

En *Pasión y muerte del Cristo Sol*, título que da Reyes a su libro, se encierra el trayecto que en Ichcatepec ocupan los días del Carnaval, la Cuaresma y la Semana Santa, que allí, según el autor, constituyen una unidad. Pero en la comunidad estudiada se opera un sincretismo religioso: tras de la celebración cristiana de la pasión de Jesús y tras la pagana del Carnaval, asoman los rostros de los viejos dioses de la mitología náhuatl.

"Los censos oficiales —dice Reyes García— informan que casi el 100% de la población es católica, pero bajo esta denominación queda encubierta una gama de niveles religiosos, de lo que resulta ser muy ambiguo el término católico que se aplica a sí misma esta población..."

"Para la gran mayoría de campesinos, Cristo se confunde o identifica con el Sol y ambos se designan bajo el nombre de Totiotzi (nuestro Dios)". Por otra parte "...rinden culto a la Tierra a la que consideran como un ser viviente", a través de varios nombres y atribuciones. Junto a éstos —Cristo Sol y Tierra— se alternan santos cristianos con seres sobrenaturales; animales que son *espanto*, como la zorra, con humanos deificados como el *wey Montezo* (Gran Moctezuma); ofrendas de *tlaixpiktlí* (tamales) con cigarros, jerez y coca-cola; ritos de pueblos agricultores con ritos de cacería similares a los de otros continentes.

Esta diversidad de ritos religiosos, aparentemente antagónicos, la explica Reyes García a través de un fenómeno de sincretismo religioso surgido de la imposición de la religión cristiana sobre la de los pueblos conquistados. Ambos, evangelistas y evangelizados, trataron de buscar una solución que disimulara el choque cultural, de buscar conexiones, equivalencias y concordancias a las diferentes visiones del mundo que estaban implícitas en las dos religiones.

Este sincretismo religioso, analizado con los datos etnográficos que proporciona la observación del Carnaval y la Pasión de Cristo, son el tema vertebral del estudio de Reyes García. No hemos de repetir al lector de esta nota todas las peripecias en que se desenvuelve el ciclo aludido, ya que preferimos que el interesado se entere por sí mismo de ellas a través del interesante relato y del abundante material gráfico

que aportan las fotografías que casi en su totalidad son del autor del libro.

El sincretismo de la religión prehispánica con la cristiana es afirmado además con un interesante esquema de algunos rasgos que presentan similitud entre el mundo nativo y el occidental. Vemos en él —a través de aspectos formales— los caminos por los que se fue operando la identidad del Sol con Cristo y también la de sus contrapartidas demoníacas.

Quizás en su afán de explicar la conjunción de los mundos cristiano y prehispánico, Reyes deja a un lado el problema de que la actual y *sui generis* religión de Ichcatepec es resultado de un fenómeno sincrético más amplio y dinámico. Efectivamente, el autor pasa por alto el hecho de que con anterioridad al punto de choque de ambas culturas se presentaba ya el fenómeno de una integración de visiones religiosas diversas. Pero los propios datos de su libro así lo acusan: ya hemos hecho notar la existencia conjunta de ritos emanados de pueblos nómadas cazadores y de cultivadores sedentarios. La situación de Ichcatepec, cerca de la frontera entre la América árida y Mesoamérica puede explicar esto en cierto modo. Por otra parte, la adopción de materias emanadas de culturas no españolas (coca-cola, etc.), como objetos rituales permite percibir que la visión religiosa nativa sigue, por la crisis cultural en que se encuentra, abierta y permeable a nuevas derivaciones y modalidades de lo sagrado.

Reyes García no se contenta —ya lo dijimos— con contemplar el escueto acontecer de las festividades mencionadas. Parte principal de su obra está dedicada a mostrar el gran telón de fondo ante el cual se mueven los disfrazados, los judíos, las figuras sincréticas del drama de la Pasión. Tras de estas superestructuras asoma la tragedia económica de los hombres de Ichcatepec.

Así se muestra que modalidades locales encubren y sirven de pretexto para sostener las antiguas formas comunales de posesión de la tierra, que es casi el único medio de asegurar la subsistencia. Bajo una denominación de *condueñazgo*, los restos del antiguo *calpulli* se defienden a duras penas de los embates del acaparamiento individual. Curiosamente, la lucha ideológica por la posesión de la tierra (que en ocasiones desemboca en franca lucha armada) se presenta también bajo el aspecto de un combate entre el mundo prehispánico y el occidental. Por una parte, los adeptos al catolicismo romano (terratenientes, ganaderos y comerciantes), unidos bajo la bandera de la Unión Nacional Sinarquista y con el apoyo de un clero político militante, pretenden el desarraigo de "las costumbres de los antepasados" y castigan a sus enemigos con penas que van desde las amenazas infernales hasta el des-

pojo de las tierras. Es así como los católicos "confesados" (sinarquistas) van minando la posesión comunal encubierta con el nombre de *condueñazgo* y propiciando su dominio económico en detrimento de los católicos "no confesados", afiliados al Partido Revolucionario Institucional.

Por su parte, los "no confesados" han retenido hasta ahora el poder político a través de su omnipotente partido oficial. Pero —claro— si los sinarquistas se embozan tras de la lucha contra "las costumbres de los antepasados", los campesinos, desde su reducto oficial, defienden las creencias ancestrales propiciando un revivalismo de lo indígena, imponiendo, por ejemplo, una vuelta al vestido tradicional autóctono como uniforme escolar de las niñas. Esta lucha de clases se refleja también en el aspecto lingüístico. Contrariamente a lo que se observa generalmente en las comunidades indígenas del país, el idioma nativo se conserva e incrementa a través de un bilingüismo fomentado por el grupo revivalista en el poder.

¿Qué se puede augurar acerca de esta dramática lucha? Esta incógnita trasciende más allá de lo que el estudio de Reyes García se propone. La comunidad indígena de Ichcatepec no es —naturalmente— una isla apartada de los problemas del mundo. La economía que algunos dan en llamar *de autoconsumo* se ha roto —si existió— desde hace mucho y de manera definitiva. La vida local está sujeta a los vaivenes de la lucha de clases de la nación y del mundo. Por tanto, la suerte de los campesinos "no confesados" de Ichcatepec depende, como en otro lugar ha dicho un eminente antropólogo mexicano, del "concomitante cambio en las instituciones nacionales". Que es una forma, más o menos sutil, de aludir también al *concomitante cambio* de los sistemas económicos mundiales.

Aplaudimos —a pesar de las inevitables limitaciones— este pequeño estudio de Luis Reyes García. No sólo por la importancia que para el conocimiento de nuestra nación mestiza y de nuestras peculiaridades culturales puede haber en las observaciones y sugerencias del autor. También, y en muy principal grado, por las meditaciones que sugiere la lucha de los hombres de Ichcatepec contra el cerco que los asedia. Cerco que es el mismo —en su escala— que los hombres de todo el mundo tratan de romper.

FRANCISCO SALMERÓN.

MAX AUB. *La calle de Valverde*. Ficción Núm. 26. Universidad Veracruzana. Xalapa, Ver. México, 1961.

La fecunda —y siempre inquietante y testificadora— labor literaria de Max Aub ha venido a sumar un nuevo y muy significativo título a